

Tras un nuevo paseo sobre la escarcha, Hans tuvo la impresión absurda de que el plano de la ciudad se desordenaba mientras todos dormían. ¿Cómo podía extraviarse tanto? No lograba explicárselo: la taberna donde había almorzado aparecía en la esquina opuesta a la que su memoria le indicaba, la herrería que debía estar girando a la derecha lo sobresaltaba con sus golpes por la izquierda, esa cuesta que sin duda bajaba se ofre-

cía de pronto empinada, cierto pasaje que él recordaba haber atravesado y que debía desembocar en una avenida se interrumpía en una tapia ciega. Desafiado en su orgullo de viajero, tras negociar con un cochero un asiento en el próximo carruaje hacia Dessau, Hans mantuvo su empeño por identificar las callejuelas que recorría. Pero lo mismo acertaba dos o tres veces y cantaba victoria, que se desalentaba comprobando que había vuelto a perderse. El único lugar que se mostraba invariablemente accesible era la plaza del Mercado, a la que regresaba sin cesar para orientarse. Ahí estaba Hans de nuevo, haciendo tiempo hasta la salida del carruaje, intentando fijar en su mente los puntos cardinales, vuelto un reloj de sol que proyectaba una lanza de sombra sobre el empedrado, cuando vio llegar al organillero.

De barbas canas, moviéndose con una mezcla de dificultad y delicadeza, como si al arrastrar los pies pensase que bailaba, el organillero llegó a la plaza tirando de su carretilla, dejando un rastro en la nieve incipiente. Lo acompañaba un perro negro que, con instinto rítmico, se mantenía siempre a la misma distancia respetando sus pausas, tambaleos, síncopas. El viejo iba abrigado, si no es mucho decir, con un capote pardo y una capa traslúcida. Se detuvo en un costado de la plaza. Acomodó sus cosas con extrema parsimonia, como ensayando la mímica de lo que haría más tarde. Al terminar de instalarse levantó el maltrecho paraguas que llevaba atado al mango de la carretilla. Lo abrió cuidadosamente y lo colocó sobre el organillo, para que la nevisca no le cayera a su instrumento. Este último gesto conmovió a Hans, que se quedó esperando a que el organillero empezase a tocar.

El viejo no tenía ninguna prisa o disfrutaba de la demora. Bajo sus barbas se insinuaba una sonrisa de complicidad con su perro, que lo miraba alzando las orejas triangulares. El tamaño del organillo era modesto: encaramado a la carretilla apenas superaba la cintura del viejo, por lo que él debería encorvarse incluso más para tocarlo. La carretilla estaba pintada de verde y naranja. La madera de las ruedas había sido roja. Recubiertas por un aro que a duras penas las mantenía compactas, esas rue-

das no eran redondas sino de otra forma más accidentada, golpeadas como el tiempo que llevaban rodando. El frontal del instrumento había sido decorado con un paisaje de primor infantil, que figuraba un río con árboles.

Cuando el organillero empezó a tocar, algo rozó el límite de algo. Hans no añoraba nada: prefería pensar en el siguiente viaje. Pero al escuchar el organillo, su pasado metálico, le pareció que alguien, otro anterior a él, se estremecía en su interior. Siguiendo la melodía como se lee un papel al viento, a Hans le sucedió algo infrecuente: sintió cómo sentía, se contempló emocionándose. Su oído atendía porque el organillo sonaba, el organillo sonaba porque su oído atendía. Más que tocar, a Hans le pareció que el viejo hacía memoria. Con una mano de aire, los dedos ateridos, movía la manivela y la cola del perro, la plaza, la veleta, la luz, el mediodía giraban sin interrupción, porque cuando la melodía rozaba su final la mano relojera del organillero hacía no una pausa, ni siquiera un silencio, apenas una rasgadura en un manto, le daba la vuelta y la música volvía a comenzar, y todo seguía girando, y ya no hacía frío.

Regresando a sus pies, Hans se extrañó al notar que nadie parecía atender a la música del organillo. Los transeúntes pasaban sin mirarlo, acostumbrados a su presencia o demasiado apresurados. Por fin un niño se detuvo frente al organillero. El viejo lo saludó con una sonrisa a la que el niño respondió tímidamente. Dos zapatos enormes se posaron detrás de sus cordones desatados y una voz se agachó diciendo: No mires al señor, ¿no ves cómo va vestido?, no lo molestes, vamos, vamos. Delante del viejo relucía un plato en el que de vez en cuando alguien depositaba una monedita de cobre. Hans observó que quienes tenían esa deferencia tampoco se tomaban un minuto para seguir la melodía, lo hacían como dejando caer una limosna. Pero el organillero no perdía la concentración, la cadencia de la mano.

Al principio Hans se limitó a contemplar al viejo. Después, como despertando de un sueño, cayó en la cuenta de que él también formaba parte de la escena. Se acercó con sigilo y,

procurando transmitirle su atención, se agachó para dejarle una recompensa que dobló la cantidad que había en el plato. Entonces el organillero, por primera vez desde que había llegado, alzó del todo la cabeza. Le dedicó una mirada franca, de reposada alegría, y siguió tocando sin inmutarse. Hans pensó que el viejo no había detenido la manivela porque sabía que él estaba gozando de la música. Con más sentido práctico, el perro del organillero sí pareció hallar conveniente algún tipo de protocolo: entrecerró los ojos como si hubiera salido el sol, abrió desmesuradamente la boca y desplegó su larga lengua rosada.

Cuando el organillero se tomó un descanso, Hans decidió dirigirse a él. Conversaron un rato ahí mismo, de pie, empapados por la nevisca. Hablaron del frío, del color de los árboles de Wandernburgo, de las diferencias entre la mazurca y la cracoviana. A Hans lo cautivaron los modales cuidadosos del organillero, y a este le agradó el timbre profundo de la voz de Hans. Consultando el reloj de la Torre del Viento, y calculando que le quedaba una hora antes de regresar a la posada para recoger su equipaje y esperar el coche, Hans invitó al organillero a beber algo en una de las tabernas de la plaza. El organillero aceptó el ofrecimiento con una inclinación y dijo: En ese caso tendré que presentarlos. Le preguntó su nombre a Hans y añadió: Franz, te presento al señor Hans, señor Hans, le presento a Franz, mi perro.

Hans tuvo la impresión de que el organillero lo seguía como si esa mañana hubiera estado esperándolo. A mitad de camino el viejo se detuvo a saludar a unos mendigos. Intercambió con ellos unas frases que denotaban familiaridad y al despedirse les entregó la mitad del contenido de su plato, reanudando la marcha sin mayores ceremonias. ¿Siempre hace eso?, le preguntó Hans señalando a los mendigos. ¿El qué?, dijo el organillero, ¿lo de las monedas?, no, no podría permitírmelo, hoy les he dado lo que usted me dio para que vea que no acepto su invitación por interés, sino porque me cae simpático.

Cuando llegaron a la puerta de la Taberna Central, el viejo le ordenó a Franz que esperase fuera. Entraron custodiando

el instrumento, Hans delante, el organillero detrás. La Taberna Central estaba repleta. La suma de las estufas, el horno y el tabaco formaba un tejido caliente donde las voces, las respiraciones, los olores quedaban atrapados. Las volutas que despedían los fumadores adquirían forma de costilla, un animal de humo devoraba a los clientes. Hans torció el gesto. Con dificultad, procurando que el organillo no sufriera ningún daño, ganaron un pequeño lugar frente a la barra. El organillero mantenía una sonrisa distraída. Más incómodo, Hans parecía un príncipe espiando un carnaval. Pidieron cerveza de trigo, brindaron con los codos apretados, continuaron su charla. Hans le comentó al viejo que ayer no lo había visto. El organillero le explicó que en invierno iba a la plaza del Mercado todas las mañanas, pero por las tardes no, que refrescaba. Hans seguía teniendo la sensación de que faltaba el primer tema, de que ambos conversaban como si ya se hubieran dicho todo lo que no se habían contado. Pidieron otras dos cervezas y más tarde otras dos. Qué rica, dijo el viejo con la barba teñida de espuma. Vista a través de su jarra, la sonrisa de Hans se combó.

Ha venido un cochero preguntando por usted, anunció el señor Zeit, lo esperó unos minutos y se fue muy molesto. Después, pensativo, como si se tratase de una ardua conclusión, exclamó: ¡Hoy ya es martes! Por seguirle la corriente, Hans contestó: Martes, exacto. El señor Zeit pareció complacido y le preguntó si iba a quedarse más noches. Hans dudó, esta vez sinceramente, y dijo: No creo, tengo que ir a Dessau. Y como había vuelto de buen ánimo, añadió: Aunque nunca se sabe.

Hundida en el sofá de la sala, anaranjada frente al fuego, la señora Zeit zurcía calcetines de un tamaño desmesurado: Hans se preguntó si serían de su marido o suyos. Al verlo entrar, ella se puso en pie. Le comunicó que su cena estaba lista y le pidió que no hiciera ruido porque los niños acababan de acostarse. Casi en el acto Thomas la contradujo irrumpiendo a la carrera con un puñado de soldaditos de plomo. Al toparse con su madre se frenó y dejó en el aire, temblando, un pie pálido y pequeño. Y con la misma velocidad con la que había llegado, se perdió en dirección contraria. Se oyó un portazo dentro de la casa de los

Zeit. De inmediato una voz adolescente y aguda chilló el nombre de Thomas y algunas quejas más que no alcanzaron a entenderse. Demonio, murmuró entre dientes la posadera.

En el catre, con la boca medio abierta como si esperase una gota del techo, Hans se escuchó pensar: Por supuesto mañana, a más tardar pasado, junto mis cosas y me marchó. Mientras perdía la consciencia le pareció que unos pasos livianos se desplazaban por el pasillo y se detenían frente a su habitación. Incluso creyó percibir una respiración algo agitada al otro lado de la puerta. Tampoco podía estar seguro. A lo mejor se trataba de su propia respiración, cada vez más profunda, de su propia respiración, de su propia, de su, de.

Hans había ido a la plaza del Mercado a buscar al organillero. Lo había encontrado en el mismo rincón, en la misma postura. Al verlo llegar, el viejo le había hecho una señal al perro y Franz había salido a recibirlo haciendo oscilar el rabo como un metrónomo. Habían almorzado juntos sopa tibia, queso de oveja duro, pan con paté de hígado, varias cervezas. El organillero había terminado su jornada y ahora caminaban juntos por el Paseo del Río hacia la Puerta Alta, límite entre el núcleo urbano de Wandernburgo y el campo. Tras haber protestado cuando Hans había pagado el almuerzo, el viejo había insistido en invitarlo a merendar a su casa.

Marchaban a la par, esperándose mutuamente cada vez que el organillero se detenía para tomarse un respiro con la carretilla, Hans se entretenía curioseando en alguna calle o Franz hacía un alto para orinar aquí y allá. Y hablando de todo un poco, dijo Hans, ¿cuál es su nombre? Verás, empezó a tutearlo el viejo, es un nombre feo, y como nunca lo digo ya casi ni me acuerdo. Llámame organillero, sin más, es el mejor nombre que tengo. ¿Y tú cómo te llamas? (Hans, dijo Hans), eso ya lo sé, ¿pero cómo es tu nombre? (Hans, repitió Hans riéndose), bueno, qué más da, ¿no?, ¡eh, Franz!, haz el favor, ¿podrías no mear en cada piedra?, hoy tenemos un invitado en casa,

compórtate, va a oscurecer y todavía no hemos llegado, muy bien, así me gusta.

Atravesaron la Puerta Alta. Pasaron a un camino de tierra más angosto y el campo se abrió ante ellos liso, blanqueado. Hans vio por primera vez la inmensidad de la pradera, que dibujaba una U al sur y al este de Wandernburgo. A lo lejos divisó los cercos de la zona de cultivos, los pastos yertos para el ganado, los trigales sembrados en su helada espera. Al final del camino distinguió un puente de madera, la cinta del río y detrás un pinar con colinas rocosas. Fue entonces cuando Hans, extrañado de que no hubiera casas a la vista, se preguntó adónde lo estarían llevando. Intuyendo los pensamientos de Hans, y a la vez incrementando su confusión, el organillero soltó la carretilla un momento, lo tomó de un brazo y dijo: Ya estamos llegando.

Hans calculó que desde la plaza del Mercado habrían recorrido más de media legua. Si hubiera podido escalar las colinas rocosas que veía tras el pinar, habría oteado la extensión del campo y la ciudad completa. Habría podido avistar el camino principal por el que había llegado la primera noche, que rozaba el extremo este de la ciudad y que en aquel momento transitaban unas cuantas diligencias hacia el norte, en dirección a Berlín, o en dirección a Leipzig, hacia el sur. En el extremo opuesto, al oeste del campo, removían el aire las aspas de los molinos alrededor de la fábrica textil, cuya chimenea de ladrillos envenenaba el cielo. Dentro de los terrenos cercados, los puntos diminutos de algunos campesinos se dispersaban ejecutando las primeras labores de alza, arañando la tierra lentamente. Y discurriendo entre todo, sigiloso testigo, serpenteaba el Nulte. El Nulte era un río anémico, sin caudal para ser navegado. Sus aguas parecían viejas, resignadas. Custodiado por dos hileras de álamos, el Nulte surcaba el valle como pidiendo ayuda. Visto desde lo alto de las colinas, era un rizo de agua doblado por el viento. Menos un río que el recuerdo de un río. El río de Wandernburgo.

Cruzaron el pequeño puente de madera que pasaba por encima del Nulte. El pinar y las colinas rocosas eran lo único

que parecían tener por delante. Hans no se atrevía a preguntar nada, en parte por educación y en parte porque, fueran adonde fuesen, le había gustado conocer las afueras de la ciudad. Atravesaron el pinar casi en línea recta. El viento zumbaba entre las ramas, el organillero contestaba a los zumbidos silbando y Franz contestaba a los silbidos ladrando. Cuando estuvieron al pie de las primeras rocas, Hans se dijo que la única alternativa que les quedaba era traspasar las piedras.

Y, para su sorpresa, eso fue lo que hicieron.

El organillero se detuvo frente a una cueva y empezó a descargar su carretilla. Franz entró corriendo y salió con un trozo de arenque entre los colmillos. Lo primero que pensó Hans fue que aquello era un disparate. Lo segundo fue que, bien mirado, era una maravilla. Y que hacía mucho tiempo que nadie lo asombraba tanto como ese viejo, que ahora volvía a sonreírle. Adelante, dijo el organillero estirando un brazo en señal de bienvenida. Devolviéndole una teatral reverencia, Hans se alejó unos pasos para apreciar mejor el entorno de la cueva. Estudiada con atención, y olvidando que aquello no tenía el menor parecido con una casa, la cueva no podía estar mejor situada. Estaba rodeada de pinos, los suficientes para suavizar las corrientes de aire o las lluvias sin obstaculizar el acceso. Se encontraba a poca distancia de un recodo del Nulte, así que el agua estaba garantizada. A diferencia de otros sectores del pie de la colina, desprovistos de verde y embarrados, una hierba compacta agraciaba la entrada de la cueva. Como corroborando las conclusiones de Hans, el organillero dijo: De todas las grutas y cuevas de la colina, esta es la más acogedora. Al agacharse para pasar, Hans comprobó que el interior conservaba una temperatura más agradable de lo que había imaginado, si bien era muy húmeda. El viejo prendió una yesca, unos velones de sebo. El interior quedó alumbrado y el organillero fue presentándole cada rincón de la cueva como si se tratara de un palacio. Es una gran ventaja que la casa no tenga puertas, empezó a decir, así Franz y yo podemos disfrutar del panorama sin salir de nuestras camas. Como verás, las paredes no son muy lisas que digamos, pero estos salientes le dan variedad a la

vivienda y crean un interesante juego de luces, ¡oh, qué luces! (el viejo alzó la voz girando con sorprendente destreza: la vela que sostenía dibujó un tenue círculo en las paredes, amagó con apagarse, permaneció encendida), y además, cómo decirlo, ofrecen una gran cantidad de rincones donde se puede tener intimidad o dormir protegido. Lo de la intimidad (susurró el organillero guiñando un ojo) te lo digo porque Franz es un poquito entrometido, siempre quiere saber qué estoy haciendo, a veces parece que el dueño de casa es él. ¡En fin, no he dicho nada, sigamos! Por aquí tenemos el fondo de la cueva, que como ves es sencillo, pero fíjate qué tranquilidad, qué silencio, sólo se escuchan las hojas. Ah, y sobre la acústica déjame decirte que los ecos son impresionantes, tocar el organillo aquí dentro te hace sentir como si te hubieras bebido una botella de vino de un solo trago.

Hans lo escuchaba fascinado. Aunque lo incomodaban la humedad, la penumbra, la suciedad de la cueva, pensó que sería una idea estupenda pasar ahí la tarde e incluso la noche. El viejo encendió una fogata con algo de retama, restos de forraje, papeles de periódico. Franz había bajado al río a beber agua y había vuelto helado, con el pelaje erizado y las manchas de las patas un poco más pálidas. Cuando vio la fogata, corrió junto a ella y casi se quema el rabo. Hans soltó una carcajada. El organillero le ofreció una damajuana de vino que guardaba en un rincón. Sólo entonces, con el resplandor del fuego que acababan de encender, Hans pudo ver la cueva en toda su altura y observar su peculiar mobiliario. A la entrada, una sogá cruzaba la cueva de lado a lado con unas cuantas prendas tendidas. Debajo de la sogá, el paraguas se hundía de punta en el suelo. Junto al paraguas se veían dos pares de zapatos, uno de ellos casi deshecho, con bolas de papel dentro. Ordenados por tamaños y pegados a la pared se alineaban vasijas de cerámica, platos, botellas vacías con corcho, jarritas de latón. En una esquina había un jergón de paja, encima un conglomerado de sábanas y trenzas de lana roñosa. Alrededor del jergón, como un tocador devastado, se dispersaban cuencos, tijeras, cajitas de madera, trozos de jabón. Un hatillo de periódicos se sostenía entre dos salientes. Al fondo se apilaban

cajas de zapatos llenas de púas, tornillos y un buen número de piezas, utensilios, herramientas para el mantenimiento del organillo. En el centro, impecable, maravillosamente fuera de contexto, resplandecía una alfombra donde posarlo. No había un solo libro a la vista.

La temperatura de la cueva se había dividido. En un radio de medio metro alrededor de la fogata, el aire se había entibiado y acariciaba la piel. Un centímetro más allá, el recinto se enfriaba y endurecía los objetos. Franz parecía dormido o concentrado en calentarse. Hans se frotó las manos, sopló dentro de ellas. Se ajustó el birrete al cráneo, le dio un par de vueltas más a su pañuelo, se levantó las solapas de la levita. Se fijó en el capote raído y sin espesor del organillero, en la flacidez de las costuras, en la erosión de los botones. Oiga, dijo Hans, ¿no tiene frío con ese capote? Bueno, contestó el viejo, ya no es lo que era. Pero me trae buenos recuerdos, y eso también abriga, ¿no?

La fogata se encogía poco a poco.